

Bjerg, María M. *Entre Sofie y Tovelille. Una historia de los inmigrantes daneses en la Argentina (1848-1930)* Buenos Aires, Editorial Biblos, 2001, colecc. La Argentina Plural, 191 págs.

María Liliana Da Orden*

En su juventud Valdemar el Grande se había casado con Tovelille porque estaba enamorado de ella. Sin embargo, cuando llegó a ser rey, por prudencia, se casó con Sofie. Entonces comenzó una lucha permanente entre las dos esposas y en el corazón del rey [...] Creo que este sentimiento es bien conocido entre los inmigrantes que vivimos en este país. Nuestro corazón quiere volver por amor a Dinamarca, sin embargo, por prudencia sabemos que es mejor permanecer en Argentina.

Este relato de un maestro danés de la escuela de Tandil, escrito hacia 1911 y seleccionado por María Bjerg para el epígrafe de su libro, representa las tensiones a la que se vieron sometidos los daneses en la sociedad a la que emigraron. El libro, originado en una tesis de Doctorado, constituye un ejemplo de la renovación que desde hace más de dos décadas vienen experimentando los estudios sobre inmigración masiva en la Argentina. Desde una perspectiva microsocial y con una orientación teórica que recibe influencias diversas, pero donde se aprecia una fuerte huella de la antropología social y cultural, la autora aborda la cuestión de la adaptación de los daneses en el país poniendo énfasis en la dimensión económica y cultural de su inserción.

El texto se divide en siete capítulos donde se analiza la totalidad del proceso migratorio desde el momento de salida hasta el inicial asentamiento y la posterior consolidación de la comunidad étnica en las primeras décadas del siglo veinte. El primer capítulo considera las transformaciones y contradicciones que produjo el ingreso del capitalismo y el liberalismo en la economía, la sociedad y la política danesas desde fines del siglo XVIII. En un contexto básicamente rural con una población en aumento, la introducción de mayores libertades así como la modernización del agro y la tardía industrialización no alcanzaron a resolver la “sed de tierras” de los sectores más bajos. Haciendo uso de un

concepto de comunidad como el desarrollado por Tönnies que se retoma a lo largo de toda la obra -ámbito que, a diferencia de la sociedad, se caracteriza por la centralidad de las relaciones personales-, Bjerg considera el renacimiento religioso a que dio lugar la desestructuración de las comunidades rurales por estos cambios. Renacimiento que tendría un importante papel tanto en la renovación espiritual y política del país, como en el particular modo de adaptación de los que decidieron emigrar a la Argentina. A lo largo del siglo XIX se fueron dando, pues, las condiciones para que unos 360.000 daneses partieran desde su lugar de origen buscando nuevos horizontes que en su mayoría hallaron en América del Norte. Una pequeña fracción -12.900 daneses- se dirigió en cambio a la Argentina. Los dos capítulos siguientes buscan explicar ese fenómeno. “La partida” analiza el flujo y la composición de la corriente migratoria que arribó al país entre 1871 y 1930 utilizando estadísticas argentinas pero también fuentes nominativas del lugar de origen. Sobre una muestra de 1750 casos tomada de los registros de emigrados, se considera la composición por sexo, edad y acompañamiento familiar así como las ocupaciones de los daneses que emigraron al país. El mayoritario componente de trabajadores y sirvientes rurales, así como de artesanos y obreros urbanos, tenía características comunes a las de los destinos mayoritarios, dadas las condiciones existentes en la sociedad emisora. También los orígenes avalarían este supuesto. Concentrados en una primera etapa en la zona insular de Maribo, desde mediados de 1890 distintos sectores de la península serían los principales centros de emisión, sea por la falta de tierras, sea por los desajustes de la modernización económica. Que no se trata del clásico análisis de los factores de expulsión queda claro cuando se considera el papel de la información sobre Argentina existente en Dinamarca a finales del siglo XIX. Las limitadas referencias de la prensa y otros medios de difusión constituyen una evidencia indirecta acerca del papel de los lazos personales que se ratifica a través del contacto epistolar, los retornos o los viajes de visita. La forma en que operaron estas redes sociales se analiza detalladamente en el tercer capítulo, “De Maribo a Tandil. Los albores de la inmigración danesa”, donde se consideran los mecanismos migratorios implementados a partir de la figura del pionero. El itinerario recorrido por Hans Fugl y los primeros migrantes, seguido a partir de testimonios personales muy ricos (memorias, diarios, biografías), permite a la autora reconstruir la trama de relaciones primarias establecidas desde los inicios del proceso. En la historia del pionero se conjugan vías formales e informales, junto con ciertas capacidades individuales, para explicar un arribo y posterior inserción en la localidad del sur de la provincia de Buenos Aires a mediados del siglo XIX, al que siguieron otros un decenio

más tarde. Se trataba de una red social de la que Fugl era el centro y donde las relaciones étnicas formaban tan sólo una parte del universo de vínculos establecidos. Se aprecia aquí el juego existente entre el contexto de recepción -una sociedad de frontera- y las conexiones personales establecidas por los migrantes. Dinámica que se complejizó con el tiempo tanto por las transformaciones de la sociedad de acogida como por la conformación de nuevas redes procedentes de la península, en buena medida gracias al papel que desempeñaron los líderes étnicos que reemplazaron a los pioneros. Desde el punto de vista metodológico, resulta muy enriquecedora la utilización del concepto de red social -en lugar del más frecuentado de cadena migratoria-, para explicar las modalidades de este movimiento. Ello permite la inclusión de individuos vinculados a la red a través de un tercero o distantes espacial pero no socialmente de los principales centros emisores. Por lo demás, las formas de inserción en la sociedad de destino también estuvieron condicionadas por los mecanismos microsociales considerados en la instancia migratoria. Así, los contactos más abiertos de los comienzos habrían incidido en la apertura de espacios del mercado de trabajo a través de vínculos establecidos con y por los pioneros que, no obstante, dieron lugar a una heterogénea y móvil composición ocupacional. Dicha modalidad iba a ser poco a poco reemplazada por una especialización en el sector agrícola o en actividades vinculadas a él donde se visualizan importantes itinerarios de ascenso a partir de relaciones primarias de carácter étnico. Análisis que tiene el mérito de incorporar nuevos elementos al debate sobre el funcionamiento del mercado de trabajo mantenido desde la sociología.

El capítulo cuarto continúa con la misma línea de análisis a partir de las condiciones que ofreció la expansión de la frontera en el sur de la provincia a finales del siglo XIX y la posterior reapertura del mercado de tierras hacia 1920. El contexto favorable indujo la reemigración de daneses desde Tandil o el asentamiento de jutlandeses arribados directamente desde la península a las tierras de Tres Arroyos, Necochea o Dorrego, en el litoral Atlántico. Incorporando testimonios orales, se demuestra como los mecanismos microsociales analizados en el capítulo anterior facilitaron tanto la obtención de trabajo como el acceso a la tierra a través de la mediación ejercida por productores ya establecidos. El análisis de unos 300 productores daneses y danoargentinos censados entre 1929 y 1931, aporta valiosos elementos a la problemática del acceso a la tierra y a la discusión del tópico que ve en el arriendo la expresión de condiciones de vida precaria. Lejos de ello, tal forma de tenencia constituyó una “estrategia económica que podía asegurar cierta prosperidad”, tanto por sus extensiones -hasta 500 hectáreas-, como por las condiciones en que se

practicaba. Por otra parte, además de los grandes propietarios de asentamiento temprano, el acceso a pequeñas y medianas propiedades - inferiores a las 700 hectáreas-, también había sido factible en una época tardía como los años veinte para aquellos que habían llegado a principios del siglo XX. La autora presenta así la imagen de una comunidad danesa estratificada y orientada a las actividad rural donde, a pesar de que no todos alcanzaron una situación próspera, los migrantes continuaron o recuperaron la condición de agricultores perdida en Dinamarca. El papel desempeñado por las redes sociales étnicas se conjuga entonces con el contexto ofrecido por la sociedad receptora, al que no obstante se le otorga un peso decisivo. En contraste con las continuidades observadas por la historiografía norteamericana, Bjerg destaca la rápida adaptación de estos inmigrantes a las condiciones del país receptor, tan diferentes de las del origen, y se pregunta acerca de los rasgos que habrían perdurado. La respuesta estaría dada en ciertas prácticas y actitudes frente a la tierra tales como las formas de trabajo familiar o las prácticas de herencia. En el balance final, sin embargo, pesó más la adaptación y el cambio que la continuidad, al menos en una esfera económica que contrasta con la vida social y cultural de la comunidad. Así, el quinto y sexto capítulo (“Recreando tradiciones” y “Dos mundos, dos lealtades. La cultura danesa en la pampa”), se ocupan de las prácticas más conservadoras de la comunidad danesa. Con acierto la autora opta por utilizar el término recreación, antes que continuidad, ya que el transplante de formas culturales no dejó de sufrir las transformaciones propias del “juego dialéctico” establecido con la sociedad de recepción.

Desde este ángulo, la sociabilidad es abordada a través de las pautas matrimoniales fuertemente endogámicas de los inmigrantes de primera y segunda generación. Ello refuerza la imagen de un denso tejido de relaciones interpersonales establecido fuera por la costumbre de llamar a la novia o regresar temporariamente a Dinamarca para casarse, fuera por la existencia de prácticas étnicas en el país de destino que favorecían tales uniones y la preservación de tradiciones en el interior del hogar. Frente a esto, los patrones de asentamiento ofrecen vías de adaptación diferentes, por el intercambio que supone la vecindad con nativos e inmigrantes de diversos orígenes. En efecto, a pesar de la fuerte concentración de los daneses en determinados sectores de los partidos del Nuevo Sur, se sostiene que el establecimiento de los arrendatarios en las estancias cosmopolitas fomentaba lazos que, a diferencia de los enclaves rurales daneses de la praderas norteamericanas, tendían a la apertura antes que al repliegue de la comunidad. En este sentido los testimonios orales aportan valiosos indicios que llevan a Bjerg a retomar el concepto desarrollado por Frederick Barth sobre la existencia de fronteras sociales, culturales y religiosas antes que

espaciales (p. 104). De ahí que aquello que podía compartirse con los vecinos en la esfera del trabajo estuviera vedado a los que no eran daneses en dimensiones de la vida donde el idioma, la sociabilidad y la religión estaban signadas por una etnicidad a la contribuían tanto los lazos fuertes como débiles establecidos entre aquellos que conformaban las redes comunitarias. En el plano de la cultura material, la tensión entre continuidad y cambio se resolvía a través de la adaptación de ciertos estilos y formas de construcción propias del mundo de origen, que son analizadas al final del capítulo por medio de fuentes diversas que incluyen bellos registros fotográficos incorporados en el apéndice del libro.

La homogeneidad que alcanzaron las dispersas expresiones de etnicidad a partir de la organización institucional de la comunidad impulsada por la iglesia, es abordada en el capítulo siguiente. Con un enfoque de influencia geertziana, la autora se adentra en el complejo mundo de los significados y de lo que finalmente se configuró como una particular cultura danesa en la pampa. Se considera la transformación producida desde la primitiva y necesaria apertura de los comienzos en la sociedad de frontera, cuando los pioneros participaban de la vida social e incluso religiosa de Tandil, hasta la llegada de los primeros pastores y la subsiguiente estructuración de la comunidad en torno a la fe luterana, orientada por el grundtvigianismo. Retomando el análisis del primer capítulo, Bjerg se detiene en el papel que desempeñaron los seguidores de Grundtvig en la invención de una identidad comunitaria basada en la conservación de la lengua y el pasado nacional en el mundo rural bonaerense. Antes que en la continuidad, nuevamente se insiste en la recreación y resignificación que dicho proceso supuso. Más allá de las prácticas religiosas efectivas, la participación en la congregación -visible en el sostenimiento económico de las iglesias y la red institucional que animaba, así como en la sociabilidad a que daba origen-, fue clave para la identificación de los daneses y, a juicio de la autora, se constituyó en “el camino más largo pero también menos traumático para su adaptación a la sociedad argentina” (p. 121). El problema de la adaptación roza con el de la integración cuando se trata del significado del “espíritu danés”, ya no para los inmigrantes de primera generación sino para los hijos nacidos en el país. La cuestión es abordada a partir del papel que desempeñaron las escuelas danesas, tanto desde el punto de vista de la preservación de la cultura -la autora se detiene en el contenido curricular y las festividades-, como de la educación elemental que se impartía en un ámbito donde el Estado escasamente cubría las necesidades de la población en edad escolar. Mediante el cruce inteligente de diversos testimonios, se pone en evidencia que los que no podían asistir a las escuelas -la mayor parte de los niños

residentes en el campo-, recibían una educación particular que retrasaba aún más su integración, argumento que refuerza la idea de una iglesia que marcaba el ritmo de adaptación al país. Por último, en el capítulo séptimo se considera el rol cambiante de los líderes a lo largo del período analizado. En efecto, desde el papel mediador que Fugl tuviera entre los inmigrantes y la sociedad receptora a la que contribuyó a formar gracias a su carácter de frontera, los sucesores en el liderazgo -pastores y maestros, además de grandes propietarios-, pasaron a sustentar una cosmovisión étnica replegada sobre sí misma, aunque sin abandonar el patronazgo ejercido sobre una clientela a la que estaban unidos por lazos de reciprocidad.

Como indica la autora desde la acertada elección del título y a lo largo del libro, es esta una de las historias de los daneses en la Argentina. Se trata de un mundo social y culturalmente marcado por la etnicidad que no excluye la existencia de otras formas de identificación gestadas por aquellos que se asentaron en ámbitos urbanos o bien rurales de otras zonas del país. La elección, sin embargo, como todas las que conllevan un compromiso con la historia personal -que la autora no deja de lado y que es de agradecer por la riqueza que brinda a la obra-, dio como resultado una reconstrucción vívida de este tramo de la historia Argentina que ilumina distintas cuestiones del proceso de adaptación e integración de los inmigrantes en un país que, pese a haber recibido a más de cuatro millones de europeos, no siempre fue visto desde la perspectiva de una sociedad plural.

*Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina. E-mail: mldaor@mdp.edu.ar